

caso que si él te lo dijera, y si es por los estudios, no te apures tampoco, que no es cosa de que por mucho saber vayas a perder la salud.

»No te digo más; es tanto el deseo que tengo de que vuelvas, que cuento los días que faltan. Desde hoy al día del *Corpus*, quedan setenta y dos, y dice tu padre que para ese día ya estarás de vuelta.

»Por Dios, que me contestes y que te cuides, y que si te pones enfermo vengas acá en seguida; ya ves tú, porque sepas más libros nadie ha de quererte mejor, y luego, que si tú eres tan sabio, me dará vergüenza escribirte, por la mala letra.

»Mira, Paco de mi alma: que te acuerdes de mí y que me escribas, y que pienses que te quiero más que a mi vida, y que estoy aquí sola, y que, aunque quiero escribirte como si estuviera contenta, ahora mismo estoy llorando, porque tengo una pena, una pena tan grande al ver que no te acuerdas de mí...

Ya sabes que te quiere más que nunca tu

»ELENA.»

XVI

— Yo — dice don Marcelo — he nacido en Madrid, y, en punto a viajes, no he pasado nunca de los Cuatro Caminos por el Norte, y de los Carabancheles por el Mediodía; puede afirmarse, por lo tanto, que, aunque soy español, no conozco gran cosa de España; de consiguiente, no me atreveré a decir si está bien o mal puesto este mote que lleva nuestra patria de católica por excelencia; lo que sí digo es que Madrid, la capital, como si dijéramos el corazón o el cerebro de la patria susodicha, es la ciudad más dejada de la mano de Dios que existe en el planeta.

— ¿Por qué dice usted eso, don Marcelo?

— ¿Por qué he de decirlo, Mariquita? ¿Le parece a usted muy católico eso de que ustedes, las mujeres, a quienes llama nada menos que San Agustín, «devoto sexo femenino», aprovechen las festividades de la Iglesia, y aun sus días de duelos

y llantos, para ponerse majas, tentar a los hombres y divertirse de lo lindo?

— ¡Pero don Marcelo...!

— Nada, Mariquita, nada; yo no soy muy beato que digamos; pero me parece poco menos que pecado mortal eso de que hoy, día de Viernes Santo, se pongan ustedes esas mantillas y esos claveles y salgan por ahí a lucir el palmito.

— Vamos, don Marcelo: ¿no le gusto a usted de mantilla?

— No es eso, Mariquita: me gusta usted con mantilla y sin ella, acaso más de lo que fuera menester; pero eso no quita para que yo considere una herejía, un sacrilegio, esto de trocar en feria de apetitos los templos enlutados, y en mercado de carne las calles silenciosas. ¿No es cosa de cafres esto de la Cara de Dios, y no lo es de hipócritas esto otro de las mesitas de petitorio y de las sonrisitas y cuchicheos con capa de piedad? Yo soy caritativo, me gusta dar limosna como al que más, y no lo digo por alabarme; pues bien: antes consentiría en cortarme la mano que en echar ni una perra, eso es, ni una perra chica en una mesita de puerta de iglesia, con señuelo de miraditas torpes y celosía de mantillas encubridoras.

— Mire usted, don Marcelo, que yo pido esta tarde en la parroquia.

— Pues, hija mía, lo siento mucho.

— Y que no echará usted una perrilla, sino cinco pesetas contantes y sonantes.

— Ni un céntimo, ni medio.

— Mire usted que me enfado.

— Lo siento; pero no puede ser.

— No sea usted cursi, don Marcelo; míreme usted bien. Vamos, hablando con franqueza: ¿qué tal me caen estos claveles?

Mariquita lleva vestido de seda, mantilla negra y claveles rojos; está bonita, más bonita que nunca, ya lo creo; la sombra del encaje, muy echado a la cara, pone como una nube de misterio sobre la picardía de sus ojos.

— Muy bonita — repite don Marcelo —; pero esta gente está dejada de la mano de Dios; emborracharse en Nochebuena, lucir el cuerpo en Viernes Santo, irse al teatro el día de los Fieles Difuntos y a los toros el domingo de Pascua, y con todo eso llamarse cristianos y católicos; dejados, por completo dejados, de la mano de Dios.

Paco, que oye desde su cuarto la perorata de don Marcelo — Mariquita y el viejo están en la sala, donde ella, frente al único espejo, perfila los

últimos detalles del prendido —, es casi, casi de la misma opinión que el buen hombre. En su pueblo, la Semana Santa es cosa más seria y de más religión: los hombres, con sus capas recias; las mujeres, con sus mantos tupidos; la iglesia, triste; las calles, tristísimas; la procesión, dolorosa y enlutada... Aquí, tiene razón el viejo: las iglesias parecen bazares, y las calles, ferias. ¿No iban ayer visitando los monumentos, muy puestas de mantilla, con la cara hecha un mapa, y un lazo de color sobre el moño, Carmen la Rubia y dos compinches del mismo jaez? Él se divirtió en grande, justo es confesarlo, y hoy piensa divertirse no menos; pero tiene razón, tiene razón, esto es una herejía: o somos cristianos o no lo somos.

Mariquita, entretanto, termina los perfiles del acicalamiento. Aurora ocupa el sitio frente al espejo; ésta lleva claveles disciplinados. Doña Cecilia no lleva claveles; pero la mantilla de forma balancea sus vuelos sobre el robusto corpachón, y los brillos del rasete espejean sobre sus redondeces formidables.

De cómo Paco Trelles se divirtió esta tarde, no guardan noticia crónicas ni gestas; hay, sí, una nota en no sé qué papeles que dice cómo aquel arrechucho sensual que por los comienzos de in-

vierno le acometiera, duróle toda la Cuaresma, y aun al llegar a la Semana Santa estaba en pleno florecimiento; pero no da el papel detalle alguno de lances y hazañas, sin duda por considerar que estas peripecias son de suyo monótonas y poco propias para servir de lección moral; el cronista de Paco Trelles tiene manía de moralidad, y aunque personas de autoridad bastante hanle dicho hartas veces que tanto moraliza la pintura de vicios como la de virtudes, si el pintor es hábil, él desconfió de su habilidad y pasa la Cuaresma de un salto. Es, sin embargo, cosa bien probada que la vida de Paco en este tiempo no fué precisamente ascética ni sobradamente alegre, porque es harta verdad la del decir de aquel que dijo que el placer de la carne es engendrador de la melancolía.

El Domingo de Pascua llega con su cortejo de gozo. Media abril; el cielo está color de cielo, y el aire es tibio e inquietante. Los árboles del amor, que son los almendros madrileños, se han cubierto de flores coralinas, y los castaños despliegan los penachos, aun tiernos, de sus hojas pomposas; las acacias quieren florecer.

Aquella mañana Paco está bullicioso, porque la primavera le hierve y le canta dentro de la san-

gre. La casa de huéspedes parece también alborozada: balcones y ventanas están de par en par, y el aire, tibio y perfumado entra, llevando ruidos, gritos de niños, cantos de mujeres, como perlería desensartada.

Hoy todos los huéspedes parecen tener un solo corazón: todos se entienden, todos se aman, todos hablan a un tiempo y todos a destiempo se ríen. ¿Por qué? ¿Cuál es la magia capaz de unir en un mismo entusiasmo a Juan Fernández y a Paco Trelles, al huésped del pasillo y a don Enrique Alvarez? La magia, el filtro, la virtud o como quiera llamarse, es, ni más ni menos, la primera corrida de toros. Hoy, día de Pascua, la temporada se inaugura; hoy torea Fuentes, hoy triunfa la afición, hoy todos son patriotas y toreros. ¡Viva la vida!

— Doña Cecilia, ¡por Dios!, que esté la comida en un vuelo.

— Aurorita, ¿dónde está el cepillo de las botas?

— ¿Y el betún? ¿Y el espejo?

— Agua en mi cuarto, Mariquita.

Doña Cecilia suda y se sofoca.

— ¡Jesús mío! Estos hombres, en diciendo que se habla de toros, pierden la cabeza.

Al fin, comen de prisa y corriendo; salen de

casa alborotando; en la Puerta del Sol toman un cochecito para los cuatro. La calle de Alcalá parece un cesto de claveles volcado; el aire vibra, y no se sabe si la luz es ruido o si el ruido es color.

Paco tampoco sabe si él es la luz o el ruido; pero siente que el alma se le marcha muy lejos, y que dentro del pecho vibra su gozo alborozado y gárrulo, como volteo de campana que tocase a fiesta.

Van a tendido, al 8, y vea usted qué suerte: está cuajadito de mujeres, todas con sus pañuelos de Manila y sus cabezas enclaveladas. La que está a la derecha de Paco lleva un mantón de ensueño: tiene el fondo ambarino, y sobre él, entre ramajes blancos, hay pájaros azules con rizos por plumas y espumas por alas.

— ¿Me vende usted el mantón, morena?

— Pa llevárselo a él hay que llevarse lo que va debajo, y eso no está de venta.

— Pues mire usted que es lástima, porque sobra voluntad para comprarlo.

— Puede que faltaran pesetas.

— No lo crea usted, niña: cuando Dios da, da para todo.

— ¿Y a usted le ha dado para tanto?...

- Y para mucho más.
- Pues que a usted le aproveche, amigo.
- Gracias, hermosa.
- No hay de qué.

Apenas empezada la lidia, Paco se entusiasma. Tiene sangre torera — dice él —, y allá en el pueblo sostenía con su amigo Pancracio discusiones terribles a causa de la pícara afición. Pancracio afirmaba que para divertirse en los toros es preciso dejar fuera de la plaza el corazón y la inteligencia. «No es espectáculo bárbaro; es fiesta de imbéciles: créemelo, Paco.» Y Paco se reía, respondiendo: «Pues, chico, me divierte de lo lindo.» «Pero, ¿quieres decirme, interrogaba el otro, qué facultad pones en ejercicio para gozar semejante salvajada?» «Ninguna, querido.» «Entonces no gozas.» «Pero me divierto.» Y ésta sigue siendo la filosofía de Paco, que, en cuestiones de arte y de emoción, es, como sabemos, eminentemente positivista.

En el tendido hay marejada de opiniones opuestas: los entusiasmos se dividen.

- Fuentes es un maestro.
- Fuentes es un maleta.
- Esas son filigranas.
- Esas son pamplinas.

- El caso es arrimarse.
 - El caso es torear por lo fino.
- Paco está por el arte tradicional y serio; esto de los adornos le molesta.
- ¡Corazón, corazón es lo que se requiere!
 - ¡Qué corazón, ni corazón! — protesta airado el don Enrique —: inteligencia y arte. ¡De modo que tú, en tumbando al toro de una estocada...? Mírale: eso es canela fina... ¡qué pasecito!
 - ¡Qué pánico!, digo yo. Ya lleva cuatro ocasiones desperdiciadas. Mírale, mírale a los pies, te digo, que parece un molino en día de viento.
 - Pues no, que va a dejar que lo enganchen para darte a ti gusto.
 - Si tanto miedo tiene, que no salga a la plaza.
 - Le da la gana de salir.
 - Pues que se arrime.
 - Pues no le da la gana de arrimarse. ¡Olé!
 - Así lo mato yo.
 - De primera; toros como éste no merecen otra cosa.
 - ¡Lástima de seis mill! ¡Y le aplauden! ¡Ladrón, asesino!
 - ¡Bravo! ¡Muy bien, Antonio: así se mata!
- La morena del mantón ambarino aplaude frenética.

Y así, a cada momento, la gente aquella se inquieta y se revuelve como agua donde cayó una piedra.

El cielo, entretanto, tiende sobre la plaza el toldo soberano de su quietud radiante: se abre la puerta de un palco, y a través de ella se alcanza a ver un trozo de paisaje: tierra gris, y a lo lejos un arboluco que empieza a verdecer; las hojillas tenues, las ramas delicadas, son como un fino encaje de Chantilly, casi un velo de niña que va a comulgar; sobre la tierra, por junto al árbol, van pasando gentes: primero, un mendigo que es viejo; luego, una chiquilla que lleva una cesta de naranjas; después, un niño que suelta una cometa.

Terminó la corrida, y Paco y sus amigos emprenden el regreso. Van todos alegres y con gana de movimiento después del reposo forzado en la incomodidad del tendido: por eso deciden volver a pie, y entran en el Retiro, también rumoroso, también lleno de gentes que llevan cara y galas de día de fiesta. «Nunca está el hombre en paz — ha dicho Fenelón —, sino cuando está lejos de sí mismo.» En paz y en gozo. Paco nada recuerda, ni añora, ni escudriña; vive su hora, como si ella hubiera de ser definitiva, sin ayer ni mañana; por eso el cielo le parece propicio, y la tierra hermo-

sa, y el aire bien oliente, y grata la charla de los que van con él. La primavera es prometedora, y las buenas promesas son aún más gratas que los buenos hechos al corazón del hombre. Charla y ríe por el gozo de charlar y reír, por lo mismo que cantan los vientos y ríen las aguas. Lleva el sombrero ladeado, el bastón al hombro, el andar resuelto y la boca sonreidora, y entorna los ojos para mirar, y respira fuerte, saboreando el aire, que huele a flores que se van a abrir.

Al ponerse el sol, quédase la tarde tan quieta y tan serena, que parece como si no existiera el aire; cuando se apaga el cielo, sobre lo que antes fué manto de llamas, queda un incendio unánime color amaranto, más bien amatista, y flotando ante él fulgura el lucero de la tarde. Los árboles de los jardines, las torrecillas, las veletas, se destacan, negras y cortadas sobre el fondo de seda episcopal. Anochece.

— Iremos a cenar al café.

El café está en la calle de Alcalá; es grande, y sucio, y destartado; el trajín de la tarde ha puesto en el ambiente pesadez molesta: huele a una mezcla ingrata de sudor y tabaco. Todo está lleno, y poco a poco sobre las mesas se va formando una neblina.

Hay un ruido continuo de conversaciones, y tintinea sobre su nota baja el golpeteo de las cucharillas. Forma el patio central una a manera de rotonda, que tiene en lo alto una balaustrada; en la balaustrada hay estatuas de yeso, ya relucientes y amarillas: son alegorías de las estaciones. Abajo hay una fuente, y el agua que salta en el surtidor y que rebota en la mezquina taza, canta bajito y claro, y suscita en el aire remota evocación de frescura. Profusas y espontáneas como setas, nacen en el café las discusiones. Santa Contradicción gusta de las mesillas de mármol, y de los divanes de velludillo, y de los dorados que tiran a rojo, y del humo excitante y de la luz aneblillada.

Paco y sus compañeros, ¿cómo no?, discuten temas tan varios como interesantes. En la hora inicial de la tortilla a las finas hierbas y con mantequilla rancia, discuten la tercera estocada de Fuentes.

— Que fué caída; sí, señor, caída.

— ¡Hombre, si era contraria de atracarse!

— Pues digo yo que ni caída ni contraria: en su sitio, y no hay más.

— Tú no entiendes ni tanto así de toros.

— Pues mira que tú, que acabas de llegar de tu pueblo.

— Calma, señores, calma.

Al *beefsteak*, abandonado Fuentes, se discute a Silvela.

— Te digo que es un político de cuerpo entero.

— Te digo yo a ti que es un político de cuerpo presente.

— Ríete tú de historias.

— ¿A que no dura cuatro meses?

— Porque no querrá él.

— Poco a gusto que va en el machito...

— Pues mira tú que es ganga. Un hombre de talento sujeto a la voluntad de un chiquillo que hace lo que le mandan cuatro militarotes.

— Vamos, que tú no sabes lo que te pescas.

Al llegar a los postres, los discutidores, por declinación natural, han caído en el tema de las mujeres.

— ¿Habéis visto la Celia qué pañuelo de chinos llevaba?

— Lo menos vale mil quinientas pesetas — dice Juan Fernández.

— Pues el amigo que la acompañaba vale un millón por la frescura: la niña se pasó la tarde ti-mándose con todo el que quiso. Conmigo podía caer, que te aseguro...

— ¿Qué ibas a hacer tú?

— Ya lo veríamos.

— Aguantarte como el que más.

— Cabalito.

— Hay que desengañarse: cuando a una mujer se le pone en el moño que te ha de marear, te marea.

— A mí no me marea ninguna mujer.

— ¿Que no? Como si no supiéramos...

— ¿Qué sabes tú?

— Hombre, que te tienen chiflado tres a un tiempo.

— ¿A mí?

— Vete contando: la de Cascales, una; María Eugenia, dos, y la del pueblo, tres...; digo, eso que yo sepa; ¡y menuda cara se te pone cuando recibes carta del lugar!

— Sí, ¿eh? Para que veas: hoy me ha llegado y todavía la tengo sin abrir.

— ¿Qué apostamos?

— ¡Ahí va! — Paco tira la carta encima de la mesa —. Eso, para que te vayas enterando de lo que a mí me importan las mujeres.

— ¿Se puede leer?

— Haz lo que quieras.

¡Pobre Elena Quirós! ¿Qué le dices en esta hora

de traiciones a tu virgencita de la Asunción? ¿Qué le cuentas al lucero que se asoma a mirarte por encima de las tapias del claustro y espejea en tus lágrimas?

Paco está solo en medio de la calle. Los amigos, para digno remate del día, organizaron una juerga nocturna; él no ha querido acompañarles; a última hora se sintió un poco enfermo. La alegría bulliciosa y excesiva de la tarde, al disiparse, le trae por reacción algo frío, oscuro, que le atormenta cuerpo y alma. Siente remordimiento. Aquello de la carta ha estado mal, muy mal. ¿Tendrá razón Pancracio? Al entrar en los toros, ¿se habrá dejado él en la calle el corazón y la inteligencia, y habrá olvidado recogerlos al salir? Sí; aquella imbécil alegría, y aquella charla necia, y aquel beber sin tino... ¡Vaya una tarde aprovechada!

La noche va pasando silenciosa; no hay luna; pero en lo alto el lucero refulge, vertical, luz vigilante en la última ventana de no sé qué invisible torre.

«Hoy es Pascua florida», piensa Paco. Y la magia gozosa de aquestas dos palabras, chocando con su melancolía, casi le hace llorar.